

LILÍ ÁLVAREZ, TENISTA E INTELLECTUAL: ENTRE EL ETERNO FEMENINO Y LA MUJER ETERNA

CONRAD VILANOU I TORRANO

RAQUEL DE LA ARADA

GUILLEM TURRÓ I ORTEGA

Universitat de Barcelona

RESUMEN: Este artículo trata de acercarse a la idea de formación de la mujer desde la perspectiva intelectual y cultural que tiene el deporte como eje y motor de cambio. Así pues, se profundiza en las relaciones entre el tenis y el eterno femenino analizando la figura de Lili Álvarez (1905-1998), una de las deportistas españolas más remarcables del siglo pasado. Al margen de sus conocidos éxitos deportivos, esta tenista se distinguió por su contribución en el campo intelectual, periodístico y teológico, aportando nuevas ideas en cuanto al papel de la mujer seglar en la Iglesia. Después de revisar su defensa del "amateurismo" y algunas de sus consideraciones en torno al pensamiento feminista, se procede a una síntesis de su filosofía de la educación, entendida como un itinerario formativo vinculado a las aportaciones paulinas, ignacianas y teresianas, en un todo que apunta hacia la plenitud vital.

PALABRAS CLAVE: Deporte, tenis, eterno femenino, mujer eterna, Lili Álvarez

216

Lilí Álvarez a tennis player and an intellectual: between the eternal feminine and the eternal woman

ABSTRACT: This article provides an approach to the idea of training of women from the intellectual and cultural view that has sport as shaft and engine of change. Thus, when analysing the figure of Lili Álvarez (1905-1998) we can get a closer approach on the relationship between tennis and the eternal feminine. She was one of the most remarkable Spanish athletes of the last century. Apart from her well known sporting success, this tennis player is distinguished for her achievements in the intellectual, journalistic and theological fields, contributing to new ideas regarding the role of secular women in the Church. After reviewing her defense of "amateurism" and some considerations about feminist thought, it leads to a summary of her philosophy of education, understood as a learning path linked to Pauline, Ignatian and Saint Teresa contributions, into a global idea that points towards the fullness of life.

KEY-WORDS: Sport, tennis, eternal feminine, eternal woman, Lili Álvarez

Es bien notorio que el deporte ocupa un lugar preferente dentro de nuestro imaginario colectivo. De hecho, con cierta frecuencia se ha afirmado su carácter moderno, constituyendo –durante las primeras décadas del siglo XX– un fenómeno vinculado al movimiento de las vanguardias. Con el trasfondo de la Exposición Universal de Barcelona del año 1888, el Modernismo representó –un buen ejemplo son las pinturas de Ramón Casas– escenas deportivas que tenían a la bicicleta como protagonista. Por su parte, el Novecentismo –que en Cataluña significa un inequívoco movimiento de modernización, sobre todo a partir del esfuerzo de la *Mancomunidad*– ofreció soporte al fenómeno deportivo (Pujadas y Santacana, 1995). Además, el deporte fue presentado –así se desprende del *Manifiesto Amarillo* firmado por Salvador Dalí, Lluís Montanyà y Sebastià Gasch el año 1928, y publicado en el número dos de la revista granadina *Gallo* que impulsaban los hermanos Federico y Francisco García Lorca– como un elemento innovador que se enfrentaba al viejo orden del “mundo de ayer” (Zweig, 2001).

Deporte y modernidad

Por aquel entonces, el continente europeo vivió –bajo la influencia de los vientos vitalistas (Nietzsche, Bergson, etc.)– una crítica al excesivo intelectualismo que procedía de etapas anteriores. Todo esto confería al deporte una nueva posición social y cultural, más allá del culto a la belleza y a la fuerza. De manera gradual, el deporte pasó a ser motivo de reflexión filosófica, siendo objeto de análisis por parte de aquellos pensadores –como Alain, pseudónimo de Emile Chartier, profesor de Simone Weill– que esgrimieron un ideario vitalista, optimista y volcado a la acción. Así los símiles y las comparaciones entre la vida y el deporte se convirtieron en lugar común, destacando las referencias a boxeadores y futbolistas. Si Sartre fue un aficionado al boxeo, que practicó en su juventud, Camus jugó al fútbol. A la larga, el atleta acabó por personificar estos nuevos aires vitalistas que confieren a la existencia humana una dimensión deportiva, hasta el punto que el deporte se transformará en metáfora de la vida. «El atleta se ejercita –escribe Alain– con vistas a conquistar la recompensa, pero inmediatamente los progresos y la dificultad vencida le suponen otra recompensa, que está en él y depende de él. Esto es lo que el perezoso no puede ni imaginar, pues no ve más que el trabajo...» (Alain, 1966, pp. 108-109).

Pues bien, el mundo intelectual se acercó a la esfera deportiva, estableciéndose una especie de maridaje entre el deporte y la inteligencia, que las vanguardias asumieron como cosa propia y que el tenis refleja como ningún otro deporte. Tanto es así que el deporte constituía una novedad que ganaba adeptos entre las clases intelectuales que veían sus inmensas posibilidades creativas, dando lugar a un género –la literatura deportiva– en la que sobresalieron autores como Jean Giraudoux y Henry de Montherlant. Mientras las máximas del primero –traducidas justamente por Lili Álvarez– son míticas (“el genio no ha debido nunca nada al artrritismo”; “el deporte es el esperanto de las razas”; “me gusta entrecortar de «sprints» mi marcha hacia la muerte”), Montherlant ofrecía una visión estética y decadente del deporte, en medio de una atmósfera homo-erótica. Probablemente por ello, Lili Álvarez se desmarcó de los textos del segundo, mostrando su aprecio y estima por las máximas de Giraudoux, a cuya traducción y glosa dedicó *Plenitud* (1946), su primera obra. En concreto, destina un capítulo de este libro a comentar la obra de Giraudoux, que analizó y escudriñó con su sensibilidad. “Siente, por ejemplo, diez años antes que el hitlerismo lo demostrara de un modo tremebundo, el papel plasmador, creador de patriotismos del ejercicio físico colectivo. Advierte sus repercusiones políticas y nacionales, ni siquiera barruntadas en aquel tiempo” (Álvarez, 1946, p. 59). También destaca aquella máxima que afirma que “la vida deportiva es una vida heroica en el vacío” (Álvarez, 1946, p. 60). Tampoco es necesario insistir en que para la campeona española, que presenta la conciencia desde un triple punto de vista físico, humano y espiritual, «la plenitud es nuestro fin; estamos hechos para ella» (Álvarez, 1946, p. 29).

218

En el fondo, las manifestaciones deportivas –acaecidas en la época de entreguerras (1919-1939), con los Juegos Olímpicos de París (1924) que inspiraron las máximas de Giraudoux, que Lili tradujo– ponen en evidencia una concepción romántica del deporte, basada en algunos principios como la simpatía, la camaradería y la amabilidad que permitían que el interclasismo se impusiese en los campos de deporte. En 1938, desde los Alpes, Montherlant escribía cosas de la siguiente guisa:

“Sin duda, el deporte es aristocrático, pues selecciona a los mejores físicamente (que tienen, además, inteligencia y carácter). Pero al mismo tiempo es democrático, porque la situación social

no cuenta para nada. ... Entre los griegos, Zeus Philios era el dios de la amistad que presidía lo atlético. La otra divinidad de los gimnastas era Hermes, que con su vara convertía en oro lo que tocaba: esta vara debía ser la simpatía” (Montherlant, 1983, p. 19).

Ahora bien, mientras algunos deportes como el fútbol despertaron suspicacias por su procedencia británica, no sucedió lo mismo con el tenis. En España, por ejemplo, los deportes de pelota, eran tenidos por más bellos, graciosos, armónicos y completos que el fútbol. Los defensores de la cultura física –por ejemplo, Juan Bautista Berga Olavarrieta en su obra *La salud por el ejercicio*, publicada a caballo de las décadas de los años veinte y treinta del siglo pasado– además de cantar las excelencias de los ejercicios autóctonos como los juegos de pelota, no desdeñaban la práctica del tenis y “todos aquellos que por su gracia, elegancia, belleza o utilidad deben comprenderse en toda buena cultura física” (Olavarrieta, sin año, p. 50). Y cómo no, la retórica literaria también hizo mella entre los defensores del tenis, que en boca de Luis A. Viñamata y Pedro Ros, esbozaron el siguiente elogio del juego: “Pocos deportes también le aventajan en cuanto a reacciones mentales rápidas, resistencia física y viveza de reflejos, dominio de nervios, paciencia, agilidad de desplazamientos, en fin; coordinación mental y física de fuerzas encomendadas a vencer en un encuentro” (Viñamata y Ros, 1951, p. 10).

El deporte constituye, pues, un fenómeno que corresponde a la irrupción de un estilo de vida moderno que se impuso después de la Primera Guerra Mundial. En realidad, los héroes caídos en los frentes de aquel dramático conflicto bélico perviven en la memoria colectiva de aquellos que amamos el deporte. En este punto, debemos recordar a Roland Garros, un pionero de la aviación –el primer piloto en cruzar el Mediterráneo– y un tenista aficionado, que después de diferentes éxitos militares –dotó a los aviones franceses de un eficaz sistema de ametralladoras– fue abatido en las Ardenas el 5 de octubre de 1918. Esto ocurría pocas semanas antes de que llegara el armisticio con que concluiría aquella guerra fratricida, una contienda atroz que además de las armas químicas promovió la guerra de trincheras y el uso de las ametralladoras, dos trampas mortíferas para la juventud.

Huelga decir que el deporte, con su gusto por el aire libre, fue la réplica al sedentarismo que había reforzado la sociedad industrial del ochocientos. Con la llegada de la nueva centuria, se abría

la perspectiva de una vida exenta de prejuicios y henchida de posibilidades. De modo que a partir de las primeras décadas del siglo XX el deporte se convirtió en un elemento más de la cultura urbana que, gracias al metro, permitía acceder a los estadios y a los extrarradios de las grandes ciudades. No por casualidad, la carta de Atenas sobre urbanismo, dada a conocer en 1942 a modo de alternativa a la sinrazón de la barbarie totalitaria, si bien fue redactada en 1933 bajo la dirección de Le Corbusier, contemplaba el deporte como algo inherente a la vida en la ciudad, destacando entre los deportes mencionados –en lugar preferente– el tenis y el baloncesto, quizás por adaptarse mejor sus instalaciones al espacio urbano.

“Debe fijarse un programa de distracciones en el que quepa toda clase de actividades: el paseo, solitario o en común, disfrutando de la belleza de los parajes; los deportes de todas clases: tenis, baloncesto, fútbol, natación, atletismo; los espectáculos de diversión, los conciertos, el teatro al aire libre, los juegos atléticos y las diversas competiciones”¹.

220

Sin duda alguna, la modernidad generó unas nuevas condiciones materiales y psicológicas que facilitaron la aparición de una categoría social desconocida que quería romper con el mundo anterior: la juventud. Esta coyuntura implicó un cambio respecto a las costumbres imperantes, provocando que la moda se convirtiese en el rasgo más característico de un colectivo que aspiraba a vivir sin depender del mundo de ayer. Una juventud –que gracias a los aires neónomadas que se introdujeron con el ferrocarril, el turismo, la vida al aire libre, el montañismo, los baños de mar, el gusto por esquiar o navegar, etc.– promovió la práctica deportiva, con independencia de que fuera verano o invierno, según un programa adecuado para cada temporada. Si el proletariado practicaba el ciclismo o el fútbol y disfrutaba con el boxeo, deporte que Lili no repudió, las clases altas fijaron su atención en el tenis². De este modo, el conjunto de la sociedad abandonaba gradualmente diversiones populares como las tabernas, los espectáculos de variedades, los bailes de arrabal, las representaciones de zarzuelas y las corridas de toros en beneficio del deporte.

¹ LE CORBUSIER, Principios de urbanismo (La Carta de Atenas). Discurso preliminar de Jean Giraudoux. Barcelona: Ariel, 1975 (3ª ed.), p. 75.

² Lili Álvarez llegó a defender el boxeo, reclamando su humanización, después de la muerte de un púgil nigeriano en Barcelona (La Vanguardia, 7 de enero de 1970).

Viene a colación referir que la boda –el año 1906– de Alfonso XIII con una noble inglesa –Victoria Eugenia de Battenberg, nieta de la reina Victoria de Inglaterra– comportó un cambio de hábitos en la corte española que propició la práctica de deportes como la caza, la equitación o el polo. En este sentido, la infanta Eulalia de Borbón –un personaje incómodo por su singularidad, hija de Isabel II y tía de Alfonso XIII– nos dejó en sus memorias una espléndida descripción de los usos sociales de las cortes europeas en el tránsito del siglo XIX al XX. Aquella mujer culta y moderna, una avanzada del feminismo, se lamentaba de la magnificencia de los bailes que tenían lugar en los salones vieneses, reflejo de un imperio –el austro-húngaro– en que los uniformes, los desfiles y las marchas militares ejercían una gran atracción entre un público todavía ajeno al fenómeno deportivo. Un mundo, en suma, que como retrató Joseph Roth en *La marcha Radetzky* (1932) estaba abocado hacia su descomposición y destrucción. Masaryk –el factótum de la independencia checoslovaca, siempre crítico con el imperio austríaco, también vilipendiado por Curzio Malaparte– recordaba, en sus encuentros con Emil Ludwig, las cacerías imperiales: “se derrochaba la comida y la bebida y los criados echaban el resto en cubos y los entregaban a los ojeadores. Una vez vi cómo éstos se tiraban como fieras sobre la comida...” (Ludwig, 1937, p. 97).

Pronto, empero, aquellas cortes vieron en el deporte una auténtica novedad, sobre todo la austro-húngara y la española, que vivían todavía ancladas en el pasado. Mientras tanto ingleses y alemanes se habían lanzado a la práctica deportiva, los segundos un poco a remolque de los primeros. Guillermo II –el Káiser alemán– deseaba emular en Kiel las regatas que los nobles ingleses disputaban en Cowes (Isla de Wight). “Anualmente se celebraban en Cowes las grandes regatas en que tomaban parte los príncipes de la Casa Real y todos los nobles británicos. La fiesta deportiva iba siempre precedida de una revista naval que pasaba a la escuadra la reina” (Eulalia de Borbón, 1950, pp. 107-108). Así pues, las cosas cambiaron a partir del enlace de Alfonso XIII con una princesa inglesa, hace poco más de un siglo. “De la sociedad religiosa y casi monástica que habíamos tenido con la Regencia, se pasó con fervor igual a la deportiva. No siendo los españoles seres de términos medios e ignorando lo que ha sido base del encanto de la vida francesa, que es la diversificación de interés y de puntos de atracción, caímos en los deportes con igual frenesí que habíamos tenido para todo lo demás” (Eulalia de Borbón, 1950, p. 197). A

continuación, la infanta Eulalia de Borbón se lamentaba de la distancia que se abrió entre los aristócratas –librados todo el día al deporte– y los intelectuales que mantenían una actitud de recelo, lo cual perjudicó a la monarquía que así se mantuvo alejada del ámbito de la ciencia y la cultura.

Con estos antecedentes, no nos puede extrañar que la familia real española frecuentara las playas de la cornisa cantábrica, ciudades como San Sebastián o Santander donde pronto surgieron sendos clubes de tenis. Efectivamente, el año 1904 nació el Real Club de Tenis de San Sebastián y, dos años más tarde, la Real Sociedad de Lawn Tennis de Santander, entidad conocida actualmente como la Real Sociedad de Tenis de la Magdalena. A imagen y semejanza de lo que hacía la monarquía española –que ennobleció muchos clubes deportivos, confiriéndoles la posibilidad de utilizar en su nomenclatura el distintivo de Real– las clases altas (aristocráticas y burguesas) asumieron la práctica del deporte. A estas alturas, parecía que el casticismo de otros tiempos –una España de toreros, majas y pandereta idealizada por músicos y literatos románticos– daba paso a un modelo de vida moderno como el que representaba el deporte. No es baladí que la Exposición Internacional de Barcelona del año 1929 conllevara –con la inauguración de una serie de instalaciones como el estadio, las piscinas de Montjuïc y unas pistas de tenis– la definitiva consolidación de la actividad deportiva en España. Además, aquella Exposición dedicó un palacio del recinto ferial al deporte confirmando así que había adquirido la condición de una verdadera industria.

222

En otro orden de cosas, la trayectoria del tenis refleja no solamente este factor de modernidad que representa el deporte sino algo más importante: la misma evolución histórica de un juego de ascendencia medieval –*le jeu de paume*– que gozó de un gran predicamento en la sociedad del Antiguo Régimen, hasta el punto de quedar ligado a la aristocracia, si bien Luis XVI sólo prestaba atención a la caza. Ya el pintor Louis David –que en opinión de Zweig simboliza el “tipo del eterno tráfuga que corre tras el poder, lisonjeador de los triunfadores, despiadado con los vencidos, pinta a los vencedores en su coronación y a los derrotados camino del patíbulo” (Zweig, 1971, p. 401)– dejó constancia de la reunión de los 577 representantes del tercer estado, celebrada el 20 de junio de 1789 en el marco de los acontecimientos que siguieron a la convocatoria de los Estados Generales que iniciaron sus sesiones el 5 de mayo de aquel año, en el famoso cuadro del

Juramento del *Jeu de Paume*, en la sala de este juego en Versalles. Visto de lejos, el tenis constituye una narrativa deportiva de larga duración que, con los debidos cambios y modificaciones, ha sabido responder a los retos de la historia, adaptándose a las exigencias de la modernidad e, incluso, a las demandas de la sociedad post-moderna o hipermoderna que ha visto en los tenistas verdaderos iconos del mundo de hoy.

Tenis y eterno femenino

No es una casualidad que el *lawn-tennis* –el tenis moderno– surgiera en la Inglaterra industrializada de finales del siglo XIX. Ahora bien, desde sus orígenes modernos el tenis fue visto por parte de la sociedad como un ejercicio apropiado a las características de la mujer. Así Federico Rahola envió en 1882 desde Londres una serie de crónicas periodísticas –recogidas en forma de libro el año 1908– en que dejaba constancia de que mientras el fútbol era el deporte de los hombres, las mujeres y los niños podían dedicarse al tenis.

“Con el Lawn Tennis es imposible lastimar la débil constitución de la mujer y del niño. Consiste simplemente en disparar con palas metálicas una pelota entre dos campos divididos por una red que da la medida del juego. El ejercicio corporal que exige, se lleva a cabo sin fatiga, como por engaño, estimulado por las bellas actitudes en que puede ostentarse la fuerza femenina, excitado por los preparativos del juego y por el lujo que despliega en los accesorios” (Rahola, 1908, p. 101).

 223

Desde luego, se puede establecer una conexión entre el tenis y el eterno femenino, idea que la burguesía adoptó como propia en el tránsito del siglo XIX al XX. Si la mujer había de practicar algún tipo de ejercicio corporal, nada más adecuado –por la plasticidad del juego y la elegancia de las jugadoras– que el tenis. Pronto el tenis ganó adeptos entre las colonias de veraneantes, ya fuese cerca del mar o en la montaña. La rapidez de los movimientos y su vistosidad lo acercaban, además, a la danza con la que por aquel entonces mantenía alguna concomitancia. No en balde, el padre de Suzanne Lenglen estuvo interesado en que su hija aprendiese danza a fin de conseguir un juego veloz y efectivo. Leni Riefenstahl –una excelente danzarina– también se aficionó al tenis, compartiendo esta afición con la práctica de otros deportes: patinaje, esquí, montañismo, etc. Por otra parte, el novecentismo

–que anhelaba el orden y la armonía, proponiendo la euritmia siguiendo el canon platónico– encontraba en el tenis una buena expresión de sus aspiraciones estéticas.

Cuando Henry de Montherlant exalta el caso de la “señorita de Plemeur, campeona de los 300 metros” remarca que la “nueva aportación del atletismo femenino no es de índole técnica, sino estética y moral” (Montherlant, 1983, p. 81). A renglón seguido, Montherlant –que escribió este relato en dos momentos, entre 1923 y 1938– enfatiza la importancia de la influencia helénica, del platonismo estetizante, que forma parte del ideario novecentista y del cual resulta imposible desviarse, so pena de caer en la equivocación. “Todo esto quedó proclamado por el canon helénico de la buena época. Este es el canon perfecto, lo mismo para el hombre que para la mujer. Por poco que nos apartemos del mismo yerraremos” (Montherlant, 1983, p. 82).

Si bien desde el principio la burguesía aceptaba el deporte para la mujer un tanto a regañadientes, fruto del puritanismo de la época victoriana, se permitía el ejercicio corporal como medida eugenésica de cara a conseguir que la futura madre tuviese hijos que gozasen de buena salud. Se trataba, pues, de un uso preventivo contra la mortalidad infantil, a la vez que se fortalecía el cuerpo de las madres preparándolas para la gestación. Además, el deporte mantenía sus convenciones sociales y así hubo que esperar hasta el 1919 –en lo que fue toda una revolución– para ver a una tenista sin falda larga. Aquí nos referimos de nuevo a Suzanne Lenglen, uno de los grandes nombres que jalonan la historia del tenis (una de las primeras en convertirse en profesional) y en cuyo homenaje una pista en las instalaciones de Roland Garros lleva su nombre. También merece señalarse el hecho –muy comentado en su momento– que Lili Álvarez disputara el torneo de Wimbledon con falda pantalón –un claro antecedente de los *shorts*– diseñada por la modista italiana Elsa Schiaparelli, que también vestiría a Marlene Dietrich.

De manera paulatina, el deporte se asoció a una vida libre y moderna, relacionándose con un modelo de mujer que empezaba a liberarse de la sujeción de los padres y esposos. Fueron los años que Aranguren (1973, p. 21) designó con el nombre de neorromanticismo naturalista cuando las “mujeres fatales” y las “vamps” aparecían en los fotogramas de las películas. Precisamente, las

memorias de Marlene Dietrich –escritas por su hija– evidencian cómo el tenis se puso de moda en Hollywood. Jugadores como Bill Tilden y Fred Perry eran buscados por las famosas artistas del celuloide que seguían una vida un tanto disipada. “Fred Perry –escribe María Riva, hija de Marlen Dietrich– enseñaba a mi madre a jugar al tenis, con gran paciencia y cantidad de pequeños y apasionados achuchones, salpicados de rápidos besos entre el peloteo” (Riva, 1994, p. 160).

Otras mujeres famosas también jugaban al tenis, desde la inocente Simone de Beauvoir en sus años juveniles, hasta la sofisticada Leni Riefenstahl que, después de empezar a jugar en el Club de Patinaje de Berlín, decidió perder la virginidad en manos de un tenista, con quien a la larga mantendría un romance. Después de reconocer que todas sus amigas flirteaban, Riefenstahl quedó fascinada por el campeón Otto Froitzheim, que le doblaba la edad. Durante dos años suspiró por ser poseída por este tenista que después de consumar el acto sexual le entregó un billete de 20 dólares por si había de abortar, lo cual produjo un gran malestar en la joven Leni que a sus 18 años vivía un enamoramiento romántico. Y ello sucedía en los aparentemente felices años veinte, cuando la vida de las calles berlinesas se americanizaba precipitadamente después de la Gran Guerra. Incluso Eva Braun –que se casaría con Hitler– representa al tipo de la mujer alegre y desenfadada que gusta de las diversiones y de los deportes, hasta el punto que su perfil de joven, rubia y atractiva no encaja con el ideal nazi de mujer, reservada a la esfera privada y dedicada al cuidado de la familia (Görtemaker, 2013, p. 13).

A su vez, nuestras novelas del primer tercio del siglo pasado ilustran perfectamente esta idea, tal como se desprende de *Vida privada*, obra donde José María de Sagarra retrata la atmósfera decadente de la burguesía de la Barcelona de los tiempos que siguieron a la Exposición Internacional de 1929. Eran años en que, a pesar de la crisis galopante que vivía el mundo occidental, el dinero fluía en abundancia en determinados círculos, que gustaban además de las fiestas, juegos de azar y aventuras sentimentales, incluso extramatrimoniales. Naturalmente, en medio de este contexto social, un tanto decadente y viciado, surge la mujer provocativa (fumadora, que bebe *cocktails*, se maquilla, baila ritmos como el fox-trot y el charleston, y juega al bridge) y que, a su vez, rompe el estereotipo del eterno femenino, que prevé los tránsitos pausados

por las diversas etapas (niña, doncella, esposa, madre, abuela) a fin de asegurar el lugar de la mujer en el ámbito doméstico y en la vida social.

Desde luego, las actividades al aire libre facilitaron este cambio en la vida de las mujeres que frecuentaban las playas equipadas con trajes de baño que conferían un halo deportivo, aunque más aparente que real. Ya entonces –nos hallamos en 1932– los niños llevaban pantalón de golf y masticaban chicle (Sagarra, 1986, p. 130). Según Sagarra, entre las mujeres de clase acomodada se podían establecer dos equipos, a saber, el *team* deportivo que gozaba con los ejercicios físicos y el *team* reumático, de aquellas otras que permanecían encerradas en los salones y viviendas señoriales. Por consiguiente, esta distancia servía para diferenciar dos estilos de vida totalmente diferentes. Con la proclamación de la Segunda República (1931), después de las restricciones impuestas por la Dictadura “referentes al vestido de las mujeres y a la piel que se podía enseñar y a las cosas que se podían hacer en las playas de veraneo”, los cambios se precipitaron aún más. “Pero, pese a las prohibiciones y a los ejercicios espirituales, se imponía día a día el temperamento de una sociedad más fisiológica, más deportista, más desengañada y, sobre todo, menos conservadora moral y económicamente” (Sagarra, 1986, p. 188-189).

226

Como es fácil suponer, los clubes deportivos –ya fuesen de natación, golf, hípica o tenis– adquirieron una notoriedad desconocida propiciando una nueva sociabilidad. Este tipo de vida generaba nuevas relaciones sociales y, por ende, un cambio en los vínculos entre mujeres y hombres. La pasividad femenina de otra hora daba paso a un nuevo orden en que las mujeres ganaban protagonismo. A través de este proceso, las jóvenes muchachas adquirían la condición de *girls*, a la vez que incorporaban a su vocabulario palabras como *maillot*, *yacht*, *crawl*, *smoking* o *flirt*. Por su parte, los chicos aspiraban a ser *gentlemen* y *sportsmen*, auténticos *dandies*, que buscaban *femmes charmantes* en medio de un ambiente proclive a las amistades peligrosas (*liaisons dangereuses*).

Llegados a este punto, quizá sea oportuno referirnos al tándem integrado por Rosa Torras y Lili Álvarez, tenistas que formaron pareja en el equipo de dobles femenino que representó a España en los Juegos Olímpicos de París (1924), en la que iba a ser la primera representación femenina hispana en una convocatoria

olímpica. Ambas también reflejan la orientación educativa de sus padres que las condujeron hacia posiciones modernas, que rompían los estereotipos anteriores. Ahora bien, mientras Rosa Torras, afincada en Barcelona, fue una de las pioneras del bridge en España, Lili Álvarez se orientó hacia la religiosidad y la mística. Con relación a la tenista catalana, Alberto Armengol escribió lo siguiente en una nota necrológica: “Su padre, decidido a educarla al margen de la gazmoñería impuesta a toda mujer, la autorizó a lucir siempre pantalones, peinarse a «lo garçon» y fumar cigarrillos al extremo de larguísimas boquillas” (*La Vanguardia*, 27 de agosto de 1986). Armengol apostilla que, hasta el final de sus días, Rosa Torras se acostaba de madrugada después de leer novelas policíacas, su género preferido. Sin embargo, llevaba una vida tranquila acompañada de animales (perros y palomas), a los que cuidaba con esmero. Fue, en definitiva, una mujer libre e independiente que rompió moldes y que hizo ostentación pública de una nueva manera de ser mujer en el mundo.

Entretanto, la silueta femenina se estilizaba bajo el sol, ya fuese junto al mar, en los cruceros veraniegos o en los complejos turísticos de montaña. Justamente, Lili Álvarez pasó diversos años de su infancia en Suiza donde se introdujo en el mundo del deporte, sobre todo el patinaje, siendo también una consumada practicante del esquí hasta el punto de que *La Vanguardia* (9 de enero de 1930) le dedicó una portada, que corresponde a su presencia en Saint Moritz, vestida de esquiadora con un sugerente traje chaqueta y tocada con una gorra que transmite un aire de inequívoca modernidad, acompañada por un esbelto galán, con el que formaba una espléndida pareja. Precisamente, en Saint Moritz se habían celebrado los Juegos Olímpicos de invierno de 1928, constituyendo un centro de turismo frecuentado por las fortunas europeas más reconocidas. Asimismo, cabe apuntar que Leni Riefenstahl filmó una película a modo de documental sobre aquellos juegos, cinta que anticipaba la que rodaría con el nombre de *Olympia* (1938) sobre los Juegos Olímpicos de Berlín (1936).

Por su parte, Aurora Bertrana con su narración *Edelweiss* (1937) iniciaba una colección de novela femenina, ambientada en los hoteles de lujo de las estaciones alpinas suizas. En el Gran Hotel –rodeado de las altas cimas del Jungfrau y del Mönch, ambos superan los 4000 metros– se jugaba al tenis con auténtica pasión, mientras las mujeres coqueteaban con un grupo nutrido de hom-

bres que perseguían el flirt. La música de los bailes nocturnos y los juegos de naipes servían, además, para canalizar esta coquetería que –en aquellos momentos– ya había concitado la atención de sociólogos como Georges Simmel que afirmaba que “la coqueta quiere agradar” (Simmel, 1924, p. 11).

Con un enfoque un tanto machista, Simmel añadirá que el juego –inherente al mundo del deporte– fue transferido al ámbito de la seducción y del erotismo, en un ambiente no exento de peligros, como las excursiones alpinas. “La coqueta y también su pareja juegan sin duda y, puesto que juegan, se sustraen a la realidad; pero no juegan, como el artista, con la apariencia de la realidad, sino con la realidad misma” (Simmel, 1924, p. 37). Ahora bien, Lili Álvarez –familiarizada con la obra de Simmel– más que el eterno femenino descrito por diversos autores, entre los que destaca José María Pemán (1947)– lo que buscaba era profundizar en el papel de la mujer eterna, título de la conocida obra de Gertrudis von Le Fort, un clásico de la espiritualidad femenina, aparecido en 1934, a la que se refiere en alguna ocasión y en que se destaca la triple dimensión o formas de validez intemporal de la vida femenina (*virgo, sponsa y mater*) (Le Fort, 1953, p. 66).

228

Digamos de paso que, con este trasfondo, la virginidad era un valor en declive y la permisividad sexual una tendencia al alza. Sólo de esta forma se puede entender la existencia de una extensa literatura a favor de la higiene sexual, eufemismo utilizado en ocasiones para promover una iniciación sexual, que sirviese dentro y fuera del matrimonio. Este tipo de obras describía la anatomía de los órganos genitales y unas nociones fisiológicas sobre cómo se verifica la procreación. También se divulgaban los peligros y consecuencias del amor, comenzando con el empleo de los medios para evitar los embarazos y continuando con consideraciones sobre el aborto y las enfermedades venéreas. A fin de cuentas, la sexualidad se integraba en el proyecto de formación de los jóvenes de ambos sexos que se sentían liberados al socaire de la difusión de las ideas freudianas, con lo cual se perfilaba una tipología de chicos y chicas que se caracterizaban por su amoralidad, expresión que substituía a la inmoralidad de épocas anteriores dominada por el paternalismo puritano en franco retroceso, en una sociedad cada vez menos hipócrita en que las apariencias perdían vigencia. Por lo demás, la existencia en el tenis de partidos de dobles mixtos ponía en relación a jóvenes de ambos sexos que así podían

socializarse a través de un deporte que se practicaba en lugares sofisticados como clubes señoriales, balnearios, fincas privadas y establecimientos veraniegos.

En última instancia, la satisfacción sexual también formaba parte del proyecto ideal o formativo de una burguesía que aspiraba a cercenar la hipocresía de otra hora, observando un modo de vida más libre y menos artificial. Así las aristocracias de antaño daban paso a nuevos ricos, a la vez que muchas fortunas de otro tiempo caían por los avatares bursátiles. Las novelas de Carlos Soldevila (autor de *Fanny*, 1929; *Valentina*, 1933) reflejan perfectamente esta atmósfera social en que, a pesar de todo, todavía existían directores espirituales (jesuitas o capuchinos, principalmente) que, en ocasiones, eran capaces de cambiar el rumbo de aquellas jóvenes que –como mínimo literariamente– volvían al redil familiar después de haber flirteado. Como bien puso de manifiesto más de un novelista de aquel entonces, el flirt –inherente a un estilo de vida deportivo– puede entenderse como un juego de enamoramientos sin sentir verdadero amor (Comes Soley, 1930, p. 63).

Josep María de Sagarra describía este panorama con un lenguaje un tanto sórdido, pero veraz. “Las piscinas, los deportes, los besos maternos y las amenazas negras de los que administran los ejercicios espirituales no son suficiente contrapeso para combatir la erección salvaje” (Sagarra, 1986, p. 274). Por esta vía, algunos críticos vincularon el deporte a la vida alegre y divertida, un tanto disipada, idealizada por los “felices años veinte”, propia de una juventud burguesa que, despreocupada por las cuestiones económicas y las convenciones sociales, participaba de una fiesta en que la coquetería y la seducción, sin olvidar la atracción física y la moda, circulaban libremente. Frente a este nuevo imaginario social, aquellos que defendían una actitud antideportiva eran los que vestían a la antigua, anclados en un pasado que parecía tener las horas contadas; si bien en España –a partir de 1936– las cosas volvieron a los cauces anteriores.

Como es lógico, no todas las mujeres que practicaron deporte en aquellos años responden al modelo que Sagarra describió en su novela, ambientada en la Barcelona que transitaba de la Dictadura primoriverista a la Segunda República. Curiosamente, el deporte también sirvió para templar los caracteres y las voluntades de otro tipo de personas como Lilí Álvarez que, a pesar de su gran poder de atracción, pusieron todo su empeño en seguir otro modelo de vida. Aquí podemos traer a colación un silogismo

que Giraudoux incluyó en sus máximas y que fue traducido por nuestra Lili. Dice así:

“El deporte es castidad.

Las mujeres deportistas consideran a los hombres camaradas.

Suprimen el «flirt», el artificio.

Consideran el amor como una camaradería” (Álvarez, 1946, p. 141).

A pesar de frecuentar círculos selectos y aristocráticos, nuestra protagonista –que en más de una ocasión fue presentada como la condesa de la Valdène, a pesar de que su esposo aristócrata la obligó a retirarse durante cinco años de la práctica del tenis, a fin de no ser “el marido de la campeona”– no sucumbió a la vida decadente, falta de ideales más allá de la satisfacción inmediata de los placeres. Sin embargo, tuvo oportunidad para ello si tenemos en cuenta que –como ella misma reconoce– vistió trajes de la firma Chanel como acto de publicidad. Por todo cuanto venimos diciendo, no puede extrañar que en una de sus últimas obras dejase constancia de su rechazo del flirteo como norma de conducta femenina.

230

“La palabra «amor» es la más empleada de todas, pero también es, de todas, la menos realizada. De ello deberíamos ser todos archi-conscientes. Y archi-convencidos. Nos contentamos con sus *mini o sub* representaciones. Así el flirteo o la estúpida y grosera diversión. Y así, igualmente, nos embargan sus afeadas y lúgubres consecuencias. Cuando lo suyo es la gloria de un océano inmenso que brilla a lo lejos y en el que hay, desde el fondo del alma, que *querer* sumirse o sumergirse. No es sólo el sueño de niñas núbiles de otra época” (Álvarez, 1989, p. 113).

Para ella, la plenitud vital –la vida globalmente considerada– no encontraba su realización en este talante “deportivo” un tanto frívolo, a medio camino entre la coquetería y el flirteo, sino en una opción profundamente interior y personal, que responde a una llamada vocacional jalonada por los ejemplos de quienes habían seguido –con su trayectoria modélica– una vida de compromiso religioso observada –y aquí está una de sus grandes aportaciones– por laicos y seglares. La vida de santificación, por consiguiente, no es algo exclusivo de hombres y, menos aún, de religiosos. Las mujeres laicas –que habían hecho deporte en su juventud como

Lilí Álvarez– también podían santificarse, es decir, entregarse a una vida de plenitud sin verse obligadas, empero, a abrazar el estado religioso. En otras palabras: la religiosidad y la espiritualidad ya no eran atributos exclusivos de la solterona, de la monja o de la viuda, sino también un rasgo asumido libremente por la mujer moderna en una actitud que anticipa los signos del Concilio Vaticano Segundo (1962-1965).

Lilí Álvarez: una deportista “amateur”

A tenor de lo que venimos manifestando, no hay duda de que Lilí Álvarez, Elia María González Álvarez y López Chicheri (1905-1998) representa –como ella misma estimó– una “beata atípica” o, simplemente, una “beata de la calle”. De hecho, fue una auténtica *sport-woman*, prototipo de mujer moderna, independiente y progresista, finalista por partida triple en Wimbledon (1926, 1927 y 1928). En la primera de las ocasiones –con los reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia en el palco de honor– estuvo muy cerca de ganar el encuentro. Aunque recibió diversas ofertas para pasar al profesionalismo y competir con tenistas como Suzanne Lenglen, se negó a ello, manteniendo un juego que Viñamata y Ros consideraron como innovador, «consistente en conseguir la máxima velocidad en la jugada, a base de atacar la bola cuando ésta sube aún» (Viñamata y Ros, 1951, p. 74). Según recogen las páginas del diario *ABC* (30 de abril de 1967), en opinión de Jaime Bartrolí –tenista y capitán del equipo español de la Copa Davis– Lilí Álvarez “estaba dotada de la gracia española que la hacía sobremanera atractiva tanto dentro como fuera de nuestra patria”. Con independencia de este elogio un tanto ramplón, “su juego estaba en consonancia con su carácter, poseía todos los golpes y los ejercitaba con una rapidez excepcional entre las mujeres” (*ABC*, 30 de abril de 1967). Digamos también que como tenista coincidió con Suzanne Lenglen y Elena Wills, que fueron las primeras de la clasificación mundial mientras ella se tuvo que conformar con el segundo puesto durante tres años consecutivos.

En un momento en que el deporte en España era algo todavía incipiente, nuestra protagonista destacó como mujer de vanguardia y así puso su grano de arena a favor del deporte, denunciando la hipocresía de todos aquellos –como el Comité Olímpico Internacional, presidido a la sazón por Avery Brundage– que repudiaban durante los años que siguieron a la Segunda Guerra

Mundial el deporte profesional. El sentido deportivo de la vida depende, en último término, de la caballerosidad, es decir, del juego noble. “La deportividad no consiste en no cobrar, sino en algo mucho más sencillo, fundamental y positivo: simplemente en ser deportivo” (Álvarez, 1968, p. 135-136). Se trata, pues, de una actitud más que de otra cosa. “En este sentido es por lo que para mí existen jugadores *amateurs* que considero propiamente *profesionales*, y viceversa, así como pueden darse profesionales con temperamento *amateur*” (Álvarez, 1968, p. 50).

Estas palabras aparecieron primeramente en los artículos que escribió en el periódico madrileño *ABC* durante el año 1967, coincidiendo con los primeros grandes éxitos del equipo español de la Copa Davis, que en 1965 había alcanzado su primera final contra Australia que perdió, artículos que habían de dar lugar al libro *El mito del amateurismo* aparecido en 1968. Por tanto, no está de más revisar lo que recogía el diario *ABC*, en un trabajo de síntesis, con relación a los diversos artículos de Lili Álvarez sobre “El falso y anquilosado mito del amateurismo”. Veamos el resumen que daba de los mismos el rotativo madrileño, unos meses antes de la aparición del libro en cuestión:

232

“Al deportista hay que calificarle no porque gane o no dinero, sino por su manifiesta dedicación de forma noble y leal, es decir, deportiva, en el sentido de gozosa y libérrima generosidad. Por otra parte, quien se entrega a fondo en una actividad deportiva y sobresale en ella, aunque no esté retribuido económicamente, se convierte en un jugador con espíritu profesional. El gran deportista es un artista y tiene que perfeccionar su oficio a través de la profesionalidad. Cuando el profesional eleva su labor al rango de arte justifica su derecho a retribución.

Para el deportista profesional, la perfección de la obra hace marginal el provecho económico. Esta es la diferencia entre profesionalismo y mercantilismo. Para el verdadero profesional lo primero es su arte. El dinero es un acompañante. Para el mercantilista, el dinero es lo más importante. La posible inversión de estos valores es lo que lo falsea todo y da lugar a la expresión despectiva” (*ABC*, 30 de abril de 1967).

Resuenan en esta síntesis aquella invitación orsiana a la obra bien hecha que obliga a cada uno a ser autor de su propia obra y, por ende, a convertirse en un artista, según la tradición de los

orfebres antiguos. El peligro no se encuentra en ser un profesional, sino en el mercantilismo que lo inunda todo, un mercantilismo que se nutre de los beneficios de la especialización. Ahí van las palabras de Lili Álvarez:

“Pero desde los tiempos caballerescos del barón de Coubertin han cambiado mucho las cosas. El deporte se ha socializado y son muchedumbres enteras las que lo ejercitan. La competencia ha aumentado en igual proporción, por lo que se requiere una dedicación extrema para sobresalir en las competiciones. Vivimos en la era de la especialización y el ejercicio deportivo no ha escapado a esta ley cultural” (Álvarez, 1968, p. 140).

Esta idea de la especialización como desencadenante de muchos de los males del mundo actual, también aparece en *La vida vivida*, una de sus obras de madurez, en la que lamenta que se haya perdido una visión de conjunto o global de las cosas, esto es, una visión integral del mundo que permita alcanzar la plenitud: “Al habernos, pues, reducido cada uno a nuestra especialidad –que quiere decir hacer abstracción de las otras especialidades–, el científico se encierra en su ciencia, el artista en su arte, el comerciante o financiero en su compra y venta, y el religioso, si va mal dado, en su religiosidad estrecha o beatería. Todos se encierran en lo suyo” (Lili Álvarez, 1989, p. 124).

Conforme a este planteamiento, que destaca la importancia de la excelencia de la obra que cada uno emprende, resultan lógicas las siguientes palabras de nuestra tenista:

“La deportividad no consiste en no cobrar, sino en algo mucho más sencillo, fundamental y positivo: simplemente en ser *deportivo*. En poseer el propio espíritu deportista, es decir, la nobleza llevada a rango de juego. El dinero en esta perspectiva es irrelevante. Se pueden percibir sumas ingentes y, sin embargo, estar henchido de esa generosidad transparente que no acepta el más leve gesto falso, doble, tramposo, ventajoso, aunque sirviera para dar la victoria. Generosidad sin fingimiento, que gana y pierde con igual magnanimidad y señorío” (Álvarez, 1968, pp. 135-136).

Más que del profesional, Lili Álvarez desdeña el afán mercantilista que no atiende al impulso o espíritu que debe alentar cualquier obra humana. En una de las entrevistas mantenidas con el conocido periodista Manuel del Arco de *La Vanguardia* definió el deporte como el intento de “realizar un ejercicio físico bastante violento”. A continuación, desligaba el tenis del deporte, con-

siderándolo un juego. A la pregunta de si se había aprovechado del tenis, respondió: “En este sentido, sí; pero fue un tenis de un amateurismo estricto” (*La Vanguardia*, 10 de abril de 1959). Seguidamente, añadía: “Para mí, el espíritu era más importante y eso me conservó siempre una manera espontánea de ser y siempre me condujo con bastante naturalidad, de manera deportiva” (*La Vanguardia*, 10 de abril de 1959). Aquella entrevista tuvo lugar en la ciudad Condal, aprovechando un viaje de Lili con ocasión de una ponencia, organizada por el Conferencia Club en el Hotel Ritz el 9 de abril, sobre “El deporte y el hombre espiritual”, de la que el rotativo barcelonés dio cumplida cuenta en la edición del día siguiente (*La Vanguardia*, 10 de abril de 1959).

La cosa venía, empero, de un poco antes ya que el 18 de julio de 1958 –con ocasión del XXII aniversario del Alzamiento Nacional– fue condecorada con el lazo de dama de honor de la Orden de Isabel la Católica que recibió el 21 de setiembre de aquel año en Santiago de Compostela, donde disertó sobre “El deporte y la vitalidad en el hombre”, texto que sirvió de base para su plática en Barcelona durante su visita en la primavera de 1959. Desde una posición inequívocamente religiosa, en la conferencia “El deporte y el hombre espiritual”, pronunciada en Barcelona, Lili Álvarez criticaba determinadas situaciones pseudo-deportivas de aquel momento en que el deporte se había convertido en España en un gran fenómeno de masas. Notemos de paso que reconocía no haber asistido nunca a un partido de fútbol, estimando que la holgazanería constituía la raíz del deporte espectáculo. De acuerdo con su visión de las cosas, la mujer también debía participar de los beneficios del deporte, según manifestó en una conferencia dictada el 2 de abril de 1954 en la Escuela de Periodismo de Madrid, en la que afirmó contundentemente que “el señorito es la antítesis del deportista” (*La Vanguardia*, 3 de abril de 1954).

Asimismo, en la conferencia dictada en la capital catalana el 9 de abril de 1959 ponía de manifiesto que el balompié, acaparando el interés de las masas, paraliza el desarrollo del auténtico deporte que siempre implica esfuerzo, lucha contra sí y contra los demás, sin olvidar que las gotas de sudor en la frente del deportista son su corona de laurel. Asimismo censuraba el gusto desmesurado por el traje de baño, la asistencia masiva a las playas y a las piscinas, pero sin practicar apenas la natación. Después de ambas críticas –centradas en que en España se limitase el deporte a las discusiones futbolísticas y a la exhibición corporal en las insta-

laciones acuáticas, ya fuese la playa o la piscina– se adentró en los beneficios del ejercicio físico, destacando que el deporte es la actuación esforzada ejecutada por la voluntad, a la vez que establecía una analogía entre el deportista y el asceta. Precisamente los mártires eran denominados atletas de Cristo y en los textos de San Pablo aparecen frecuentes metáforas deportivas, siendo considerado el apóstol de los atletas. A todo esto añadía que la práctica enseña la alegría difícil, la que se oculta tras el esfuerzo, el goce, la satisfacción inmensa que representa haber conseguido, por medio del sacrificio, el triunfo. El gozo arduo eleva mientras que el placer fácil desciende. El verdadero deportista persiste hasta acceder a lo más noble y superior, esto es, a lo divino, a Dios, o, más sencillamente, a lo que está por encima de nosotros.

Perteneciente a la burguesía liberal, Lilí practicó varios deportes (patinaje, automovilismo, tenis, esquí, etc.), compitiendo durante años, hasta bien entrada la década de los cuarenta, cuando una vez separada de su esposo pudo reintegrarse a las competiciones deportivas. Si en 1944 todavía alcanzaba el Campeonato de España de tenis, con anterioridad –en 1941– lo hacía en el de esquí actuando de reportera para la prensa catalana. Así, al dar noticia de los campeonatos nacionales de este deporte, que tuvieron lugar en Candanchú, Lilí escribió en una crónica de urgencia las siguientes palabras de marcado sesgo religioso:

“Me acaban de decir que tengo el número uno. ¡Cuánto me gustaría fuera un símbolo precursor! El recibir números es muy emocionante, pues parece que ha comenzado la carrera. San Bernardo, Patrón de los esquiadores, protégeme” (*La Vanguardia*, 16 de marzo de 1941).

Junto a sus éxitos deportivos, conviene resaltar sus cualidades intelectuales, asistiendo con frecuencia a las conferencias que se impartían en Madrid. Se la vio, por ejemplo, en el ciclo que impartía Xavier Zubiri, allá por la década de los cincuenta. Su trayectoria intelectual está jalonada por una extensa producción bibliográfica de la que cabe destacar obras como *Plenitud* (1946), *En tierra extraña* (1956), *El seglarismo y su integridad* (1959), *Feminismo y espiritualidad* (1964), *El mito del «amateurismo»* (1968) o *La vida vivida* (1989). Es lógico que la aparición de estas obras despertase –sobre todo en los primeros compases de su producción literaria– más de una crítica ácida, si bien la mayor parte de las veces los elogios superaron a las censuras.

En este sentido, todo indica que la publicación de *En tierra extraña*, el año 1956, comportó una especie de aldabonazo que

sacudió las conciencias biempensantes del país. “Lo que postula Lili Álvarez es una espiritualidad plenaria dentro de un espíritu seglar también plenario”, destacaba J. L. Vázquez-Rodero desde *La Vanguardia* (23 de noviembre de 1957). Como vemos, un año después de su aparición, el libro todavía concitaba la atención de los críticos, situación que se prolongó hasta 1958, cuando Victoriano García Martí volvió sobre esta obra que marca un antes y después en el papel de la mujer en la Iglesia católica en España. Tanto es así que, cuando apareció *En tierra extraña*, *La Vanguardia* (19 de setiembre de 1956) comentó esta novedad bibliográfica señalando que la autora “se resiste a todo intento clasificador”.

Ni que decir tiene que fue un verdadero éxito editorial que alcanzó cuatro ediciones, poniendo sobre el tapete el problema religioso de las mujeres seglares y su acción espiritual ante las fuerzas destructoras que acechan en la sociedad contemporánea. La cosa llegó al extremo de que algún comentarista se atrevió a lamentar la ausencia de Lili en el Concilio, señalando a renglón seguido que, sin embargo, su espíritu sí que estaría presente en las sesiones vaticanas. Tampoco debemos perder de vista que Lili consideró a Juan XXIII como a su amigo, ilusionándose con la llegada del Concilio, después de los sinsabores que vivió ante algunas de las críticas que recibió, que provenían en más de un caso de algún eclesiástico receloso con dar mayor protagonismo a las mujeres en el seno de la Iglesia.

La obra aspira a definir el camino del seglar hacia Dios, por entre las frondas de la duda, de la tibieza, de la tentación, sin que esta marcha continuada hacia los destinos supremos del alma suponga actitudes de rompimiento ni de enajenación respecto del mundo circundante, sino, por el contrario, una postura activa, cordial y laboriosa. Añade atractivos a las reflexiones de Lili Álvarez el estilo llano, humilde, ingenioso y delicado a la vez con que las formula, sin pedanterías ni divismos, sino, por el contrario, con estricta preocupación de eficacia. En último término, Lili Álvarez defiende un existencialismo vitalista que exige seguir –de acuerdo con San Ignacio de Loyola, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, sin olvidar a Charles de Foucauld– un camino o un itinerario que parte de la consideración de la vida en su total integridad y que conduce a la absoluta plenitud. De tal suerte que la plenitud, título de uno de sus primeros libros (1946), se convierte en la clave de bóveda para entender su cosmovisión filosófica que exige un auténtico cambio o *metanoia*, para pasar o transitar del vacío existencial a

la plenitud vital, esto es, a una verdadera vida vivida o, lo que es lo mismo, que contemple la triple dimensión –mental, activa y sentimental– de la existencia humana.

Persona de un catolicismo manifiesto, se relacionó en Madrid –donde fijó su residencia– con intelectuales tan insignes como Ortega y Gasset, Joaquín Ruiz-Giménez, José L. Aranguren, Xavier Zubiri, Enrique Miret Magdalena, Julián Marías o José María Cagigal. Por su parte, José María Pemán –miembro de aquella generación intelectual– había perfilado el eterno femenino con las características de lo elemental, instintivo, realista y concreto, frente a la visión abstracta, intelectual y racional del hombre. “La mujer es un más instinto y elemental que el hombre. Vive mucho más según un esquema de reacciones primarias que no según un programa de explicados motivos. Por eso es un problema” (Pemán, 1947, p. XIII)

Pues bien, Lili Álvarez aprovechó este esquema que a menudo servía para que la mujer quedase supeditada al marido y circunscrita al ámbito familiar, para extraer las mejores esencias –surgidas de las propias vivencias– de la esfera de lo privado (amor, familia, hogar, equilibrio, armonía) con vocación de proyectarlas sobre la vida pública. Lo que para Pemán era un problema, se convertía en manos de Lili Álvarez en una instancia vivificadora. Tampoco puede pasar por alto el hecho de que reclamase –anticipándose al Concilio Vaticano II– la presencia y participación de las mujeres laicas –que vivían en “tierra extraña”– en el seno de la Iglesia. En suma, su preocupación fue determinar de qué manera una mujer seglar podía estar-en-el-mundo, dando testimonio de su fe cristiana, sin tener que abrazar necesariamente el estado religioso y sin renunciar a su propia feminidad.

Cabe añadir que se dedicó al periodismo, actuando de corresponsal de la prensa inglesa y escribiendo en revistas como *Cuadernos para el diálogo* y *El Ciervo*. También colaboró en la prensa diaria, sobre todo en el *ABC* y, en menor medida, en *La Vanguardia*. Entre otros calificativos, ha sido considerada como una síntesis de elegancia y distinción (fue conocida internacionalmente por el sobrenombre de *La Señorita*, o, mejor dicho, *The Senorita*), al mismo tiempo que ofrece una trayectoria personal e intelectual coherente con la defensa de un humanismo espiritualista. Eugenio d’Ors, con motivo de una intervención de Lili Álvarez durante la posguerra en el Ateneo madrileño, no dudó en dedicarle una glosa bajo el

título de “Conferencia de una campeona”, en donde la calificaba de artista³. Por su parte, Federico Sopena –que recuerda que Lili fue presentada a los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid durante los años de la Segunda República– remarcaba, en una nota sobre “Los libros de Lili Álvarez”, que “era la belleza femenina deportiva, sensible e inteligente” (*La Vanguardia*, 13 de mayo de 1965).

Lamentamos que el recuerdo de Lili Álvarez –a pesar de contar con algún estudio monográfico de obligada consulta y referencia (Riaño González, 2004)– no haya sido cultivado como se merecería, habida cuenta de que se trata de una de las primeras españolas que supo ver que el deporte nos ayuda a tener una actitud positiva y generosa ante la vida. Además, actuó bajo la influencia de ejemplos como Guy de Larigaudie, espíritu religioso y jovial –es decir, partícipe de la alegría, un líder del movimiento escultista– que murió durante la Segunda Guerra Mundial en el frente luxemburgués (1941). Este héroe citado en diversas obras suyas –por ejemplo, *En tierra extraña* (1956) y *El seglarismo y su integridad* (1959)– supo conjugar la oración y el deporte construyendo una espiritualidad –a la sombra de San Francisco de Sales, autor de la *Introducción a la vida devota* (1608), un modelo para huir del rigorismo, del pietismo y del pesimismo– que podría tildarse de franciscanismo deportivo del siglo XX, una religiosidad moderna también accesible a los seglares y a los deportistas, que se materializa en los diversos santos-atletas cuya ejemplaridad remite hacia un mismo punto omega: la plenitud total.

En virtud de lo dicho, Lili Álvarez –seguidora del mensaje paulino e ignaciano, sin marginar las aportaciones de Edith Stein, que se convirtió leyendo a Santa Teresa de Jesús– no vio en el deporte una manifestación vitalista simplemente inmanente, sino una vida que reclama y exige una transcendencia superior y religiosa. Refiriéndose a Nietzsche y a Montherlant, y a su séquito de auto-inflados, postula –bajo el influjo de autores como León Bloy y Raisa Maritain– una concepción teocéntrica de todas las cosas y, por ende, del deporte de modo que la plenitud no se puede referir a un “yo” ególatra, sino solo a Dios: «es en Dios y para Dios y es

³ D’ORS, EUGENIO, *Nuevo Glosario III* (1934-1943), Madrid, Aguilar, 1949, pp. 833-834. D’Ors también se ocupó de nuestra protagonista en otra glosa (titulada simplemente “El tenis”), en que citaba a Lili Álvarez, una especie de musa para aquella generación intelectual que vivió el drama de la contienda civil española (*Novísimo Glosario*, 1944-1945, Madrid, Aguilar, 1946, pp. 281-282).

magníficamente espiritual y humilde» (Álvarez, 1956, p. 61). Ésta es, en definitiva, la auténtica y verdadera plenitud que apunta hacia el Infinito desde una radical igualdad entre hombres y mujeres.

Vistas así las cosas, nadie debería extrañarse de la vinculación entre el tenis y la espiritualidad, si tenemos en cuenta el trasfondo religioso del deporte, en su doble versión clásica o moderna. A parte del carácter cultural de los Juegos Olímpicos antiguos, hay que recordar la dimensión religiosa que Coubertin confirió al ideario olímpico, configurando una verdadera «religión atlética». En la presentación del libro *Algo más y algo menos sobre el tenis*, Manolo Alonso ponía en lugar destacado una máxima inglesa, cuya versión española dice lo siguiente: «Cuando el Árbitro Supremo anote el resultado frente a tu nombre, no le importa si ganaste o perdiste, sino con qué espíritu seguiste las reglas del juego»⁴.

A pesar de haber centrado sus actividades en Madrid, Lili Álvarez visitó frecuentemente la ciudad Condal. El año 1940, junto a la también campeona Pepa Chavarri, había formado parte del Club de Tenis Turó de Barcelona, de modo que sus lazos con la sociedad catalana se mantuvieron a lo largo de los años. Por consiguiente, resulta lógico que la sociedad barcelonesa –con José Garriga-Nogués, presidente de la Federación Española de Tenis al frente– le dedicara un cálido homenaje el miércoles 7 de diciembre de 1960, con motivo de haber sido nombrada, unos meses antes, dama de la

⁴ Carles Sindreu –tenista y poeta de vanguardia– dedicó un caligrama a Manuel Alonso, finalista en Wimbledon en 1921, que llegó a ser considerado el cuarto mejor jugador del mundo en 1926. Entre otros apuntes, Sindreu lo identifica con el ballet ruso, que deja con la boca abierta a todo el mundo, con una tensión muscular de 1000 kilogramos, con el crujir de dientes, constituyendo una central electro-tenística de 5.000.000 de voltios y otros calificativos similares. Por su parte, Viñamata y Ros hacen la siguiente descripción de su juego: «Su mejor golpe, el drive, especialmente en resto de servicio. Su característica, la rapidez y anticipación de juego». He aquí, pues, dos descripciones –una poética y la otra técnica– sobre el tenis de Manuel Alonso. No en balde, el tenis se ha presentado como un deporte que aún lo físico y lo intelectual, hasta el punto que muchas personas del mundo de la cultura lo han practicado en una especie de nupcias entre la pluma, la paleta o la baqueta y la raqueta. Aquí podemos añadir que algunos políticos, como Benito Mussolini, adquirieron un destacado nivel de juego, aunque a menudo se amañaron sus victorias ante calificados tenistas con fines propagandísticos. Sin embargo, la sombra de Sindreu se alargó de tal manera que cuando los éxitos deportivos empezaban a sonreír al equipo masculino de la Copa Davis, La Vanguardia insertó bajo el epígrafe de “Un juego de atletas y caballeros: el tenis” un par de artículos en su número correspondiente al 24 de agosto de 1965. Tomás Salvador “En olor de multitudes” citaba a Sindreu, Gomar, Lili Álvarez o Bartrolí, es decir, algunas de las mejores raquetas españolas. Por su parte, Miguel Masriera en su artículo “Deporte y cultura” esperaba que, a la larga, las masas que acudían a los partidos de tenis sabrían comportarse con decoro y deportividad, negándose a aplaudir los errores del contrario.

orden de Isabel La Católica. El acto tuvo lugar en el salón de bridge del Real Club Tenis Turó, habilitado como sala de conferencias, con un programa que incluía un parlamento de la homenajeadora y un banquete posterior. El título de la conferencia no tiene desperdicio: “La mujer española, el deporte y todo lo demás”. En su intervención destacó que la mujer española hacía cosas nuevas, pero no deporte, con lo que mantenía –como mínimo en este campo– una actitud pasiva que criticaba abiertamente. En su opinión, el deporte favorece a la mujer mediante el ejercicio de la responsabilidad y la iniciativa, extremo que estaba en consonancia con la importancia que adquiriría para la condición de la mujer la formación post-escolar que precisaba una nueva orientación. “Las chicas –leemos en *Feminismo y espiritualidad*– siguen el camino trazado: están dedicadas a la caza del novio; y, claro es, de eso pretenden saber mucho más que las monjas. No las necesitan. En verdad, la imagen de «lo femenino» típico se para y se cierra en el estado *infantil*; está ya trazado y fijado de una vez para siempre. La joven no necesita estar acompañada en el momento difícil de las opciones por la simplísima razón de que nos la tiene” (Álvarez, 1964, p. 67). De modo que de la misma manera que la joven no ha de verse en la situación límite de elegir entre el marido o los muros de un convento, las religiosas deben abrirse al mundo de la vida, a los problemas cotidianos, a las realidades sociales con todas sus problemáticas. En fin, para dar testimonio de la vocación misionera y apostólica la mujer cristiana no puede quedar subyugada por la autoridad del varón, tal como desgraciadamente sucede –escribe Lili– en una sociedad masculinista, ni tampoco recluida en un mundo conventual extraño al signo de los tiempos.

Con ocasión de otra visita a Barcelona –ciudad que como vemos frecuentó a menudo⁵ fue entrevistada de nuevo por Manuel del Arco, maestro del periodismo de la época. Del texto de la misma, destaca que su anterior interés por el deporte había dado paso a una visión de la mujer que pretendía conciliar su papel con el del hombre, sin entrar en luchas y controversias. “Yo tengo –declaraba– que defender la pareja moderna, que tiene que nacer poco a poco, y suelo decir que mi feminismo es realmente, palabra horrenda, «un parejismo». Voy en busca del bien de la pareja moderna”. A continuación, y ahondando en el sentido

⁵ Así, por ejemplo, el 11 de diciembre de 1962 habló desde la tribuna del Fórum Vergés, vinculado a los jesuitas en los primeros momentos del Concilio, sobre “El monopolio de lo viril y sus estragos”.

de su argumentación, añadía: “Mi idea no es cambiar a la mujer, sino que siendo mujer y muy mujer, sea adulta y que se dé así una reacción adulta entre hombre y mujer” (*La Vanguardia*, 13 de mayo de 1965).

De nuevo, el Conferencia Club de la Ciudad Condal la invitó para hablar de “La mística en la feminidad y Norteamérica”, el 13 de mayo de 1965. En aquellos momentos estaba preparada la versión española *La mística de la feminidad* de Betty Friedan (Barcelona, 1965) que contaba con un prólogo de Lili Álvarez, fechado en Madrid el mes de febrero de aquel año. En su charla nuestra protagonista trazó un paralelismo entre el pensamiento de Friedan, representante a su entender de la tradición americana, y el de Simone de Beauvoir en *El segundo sexo* (1949) que, a la luz de la teoría sartriana de “l’autre” convierte a la mujer en “la otra”. Está claro que Lili se adhiere a la filosofía de Friedan que considera más concreta y práctica, estando más acorde con su concepción de la mujer. La mujer más que ser “la otra” debe aspirar a ser “algo más”, a ser la pareja –en igualdad de condiciones– del hombre, del esposo. En realidad, se aleja por igual de las mujeres que se conforman con su situación de postración como de aquellas otras que, después de haber iniciado su proceso de auto-realización, han abandonado a medio camino. Ella opta, naturalmente, por un cambio que lejos de buscar la confrontación entre ambos sexos, porfía por una conciliación entre hombre y mujer, situación que podría calificarse como “parejismo” (*La Vanguardia*, 14 de mayo de 1965). Años más tarde repetía la misma idea, bajo la siguiente formulación: “Yo, cuando tengo ocasión, no me digo «feminista» ya, sino «parejista», que es el próximo estadio, el rebasante del afán por la igualdad” (Álvarez, 1989, p. 36).

Si contrastamos el resumen de la conferencia dictada en 1965 en Barcelona con el prólogo al libro de Betty Friedan encontramos grandes paralelismos y similitudes. De entrada, se hace eco de las censuras de la autora norteamericana sobre la mentalidad, “sexy” y doméstica a la par, de las mujeres. “Mentalidad que de este modo es casi reductible a un enorme y vasto plan de venta, a una red múltiple y asfixiante de solicitudes de compra”, señala Lili en el prólogo antes citado (Friedan, 1965, p. 11). Tampoco pierde la ocasión para desmarcarse de la liberación sexual de la mujer, una herencia de las doctrinas freudianas. La mujer, en última instancia, aparece como vehículo de humanización en una sociedad cada vez más tecnificada que genera un frenético

hundimiento de la persona. No hay duda, pues, de que Lili Álvarez defendió un feminismo un tanto peculiar –a medio camino entre el inmovilismo tradicional y el moderno liberador– ya que no veía distinciones entre los hombres y las mujeres, ni deseaba que la mujer se saltase “a la torera el matrimonio y la maternidad como Simone de Beauvoir”.

En cualquier caso, Lili Álvarez se desmarca de todos aquellos que persisten en un intento de mantener a la mujer en un estado de “minoría de edad”, en un estatuto parecido al de mujer-niña. Por todo ello, resulta inviable circunscribir lo femenino al ambiente familiar y hogareño, a la vez que es incongruente que renuncie a estas posibilidades bajo una aparente liberación. En consecuencia, se sitúa en una especie de término medio entre los tradicionalistas que propugnan dejarla en casa, y los modernistas, que promueven que sea, simplemente, la “otra” del hombre. Avanzándose a soluciones conciliadoras aboga por la presencia social de la mujer, ya sea en la Iglesia o en la sociedad, sin menoscabo de su papel de madre y esposa, siempre al lado y junto al esposo, de manera que su feminismo adquiere las connotaciones de un verdadero “parejismo”.

242

Séanos permitido, a continuación, reproducir el colofón final del prólogo de Lili Álvarez a *La mística de la feminidad* de Betty Friedan:

“¿Cuándo nos daremos cuenta de que la mujer es una parte integrante de la Humanidad con «H» mayúscula? ¿Más aún, de que ella es su delicado centro magnético, en el que se reconcentran todas las periféricas actuaciones masculinas y del cual rebotan después inagotables y repercutivas ondas «secretas»? ¿Cuándo nos daremos cuenta de que el tema de la mujer es un tema tanto para hombres como para mujeres, pues estamos todos enlazados en una misma y orgánica Unidad?” (Friedan, 1965, p. 21).

Hacia la plenitud vital: la mujer eterna

Está claro que en la trayectoria personal e intelectual de Lili Álvarez el deporte no se explica sin la espiritualidad, es decir, sin la dimensión religiosa del ser humano. Si Zubiri –cuyos cursos siguió con atención– definió el ser humano como un *homo religiosus*, el mismo estatuto antropológico puede aplicarse a la concepción humana de nuestra campeona. Por de pronto, podemos señalar que el hombre deportivo (*homo sportivus*) sólo puede encontrar su

realización o plenitud si alcanza la condición de un auténtico y verdadero hombre religioso. De ahí, pues, que Lili Álvarez participe de un vitalismo transcendente que se aleja del existencialismo (Heidegger, Sartre), formulando una filosofía de la educación, a modo de teoría de la formación humana que exige el abandono de la situación de “vacío” existencial para lograr la “plenitud” vital. Se trata, pues, de un itinerario que puede entenderse a modo de un proceso formativo que tiene mucho de autoformación, o, lo que es lo mismo, de formación de sí mismo, de un camino de perfección que enlaza con la mística (Santa Teresa y San Juan de la Cruz) y que exige una reconversión a “lo grande y anchuroso” y, también, a lo sencillo y humilde.

De entre su amplio elenco bibliográfico nos hemos fijado en *La vida vivida* (1989), una de sus obras que más nos ha interesado por su carga espiritual y pedagógica. El punto de partida no es otro que la distinción-eje, término que nos recuerda el tiempo-eje de Jaspers. Sea como fuere, la distinción-eje no es más que “el contraste entre lo que pretendemos ser y lo que actualmente somos” (Álvarez, 1989, p. 15), con lo cual se abre un hiato, una especie de abismo entre la realidad y el ideal, entre lo parcial y lo plenario, entre lo vacío y lo repleto. Se establece, por consiguiente, un contraste u oposición entre el vacío y la plenitud, entre lo pensado y lo vivido, entre la realidad y el ideal. De tal suerte que se traza o abre un proceso formativo que –una vez clarificada la distinción-eje, lo cual exige unos ejercicios de introspección a modo de verdaderos ejercicios espirituales– nos motiva a dar el salto, a conferir un nuevo impulso a nuestra vida, a fin de apropiarnos de las metas más elevadas, única manera de lograr la “plenitud”.

No está de más destacar que Lili Álvarez articula su pensamiento a través de una concepción ternaria que, además de reflejar la imagen trinitaria, sale al paso de los reduccionismos maniqueos en los que caemos a menudo y que opone la antítesis a la tesis, esto es, la Nada a Dios. De ahí que compare, en perjuicio de la primera y beneficio de la segunda, la realidad bipartita y la realidad tripartita. “El «bi-partita» es muy simple: es lo uno, lo que sea aquello de lo que se trate, y su directo opuesto o contrario, así lo blanco y lo negro, el principio y el fin, el espíritu y la materia” (Álvarez, 1989, p. 112). Frente a la simplificación del bipartidismo, el entender tripartito de la persona significa el hallazgo, la totalidad o unidad que reúne el ideante o el pensamiento, el haciente o la acción y el

sentiente o la vivencia. Sólo así podremos alcanzar una vivencia vivida, una vida completa y satisfactoria.

Tampoco deja lugar a dudas que estos tres elementos (pensamiento, acción y vivencia) se han de dar entrelazados. Igualmente hay que contemplarlos desde la perspectiva de la distinción-eje, con lo que conviene a una clarificación conceptual justa y precisa. De un lado, censura el excesivo racionalismo que se da en el mundo, incluso en el ámbito teológico. Hay que contrarrestar el peso de lo mental-racional sin caer, empero, en el extremo de la acción, otra de las tentaciones del mundo, fruto del poder de la técnica. Sólo nos queda, pues, la vida, como punto angular sobre el que construir un sistema o modo de vida que invita a lo plenario, es decir, a poseer “todas las esferas o facultades de vida, hasta las religiosas, las que sí pertenecen a nuestra relación con el Trasmundo sobre-elevado Divino” (Álvarez, 1989, p. 99). Una vida, en definitiva, que no puede cerrarse al Espíritu, a la transcendencia.

244

Según su parecer, el ser humano es algo completo y consta de cuerpo, cerebro y corazón, con lo que asume la tradición hipocrática y deportiva, el poso filosófico-racional que va de Sócrates a Descartes y, naturalmente, las concepciones cordiales que van desde San Agustín a Pascal. Asistimos, por tanto, a una concepción antropológica triádica e integral que invita a un proceso de autoformación que vuelve sobre nuestra propia historia o, si se quiere, sobre nuestras propias vivencias. En consonancia con este planteamiento triádico, que enfatiza la relevancia de la dimensión cordial del ser humano, frente a un abstracto racionalismo, Lili Álvarez escribe pasajes como el siguiente:

“Percibo de este modo que mucho tenemos que aprender de nosotros mismos. Mucho de la propia vida que creemos ya conocer. Y que desconocemos. Que actualmente ignoramos. Hemos razonado con exceso. Nos hemos aturcido con insustancialidades, dejándonos arrastrar por costumbres y facilidades mentales de vieja monta. De tal modo que quedamos retenidos en lo elemental y pequeño, cuando existe lo tremendo y grande” (Álvarez, 1989, p. 20).

Conviene resaltar esta dimensión vital de su teoría de la formación humana porque no hay nada más importante que la “vida vivida”. Es cierto que se puede vivir una vida apagada pero a costa

de permanecer en lo insubstancial, habitando en el vacío, en la pequeñez y lo accesorio, pero no es menos verdad que es posible despertar a una nueva vida, una vida que merece la pena que sea vivida en toda su plenitud. Es obvio que nos encontramos ante una argumentación sentimental, que recuerda la filosofía romántica que exalta el mundo de la vida frente al mundo de la razón y de la ciencia, esto es la cosificación de todo a través de una razón científico-técnica. Frente al árbol de la ciencia, Lili Álvarez propone la fusión del árbol de la fe y del árbol de la vida. Sin embargo, no podemos soslayar que la reacción a la crisis de la modernidad –que Husserl tematizó en la década de los años treinta del siglo pasado– propició una vuelta al espíritu, a la vida. De ahí, pues, el surgimiento de las ciencias del espíritu (Dilthey, Spranger, Cassirer) que, en el campo de la pedagogía, se situaron entre las ciencias científico-experimentales y las ciencias crítico-racionales, especulativas o normativas, siempre atentas al deber-ser. Ahora bien, ante la inmanencia del pensar científico-espiritual de ascendencia hegeliana que alienta una cosmovisión preñada de culturalismo llegando al extremo de reducir la religión a simple hecho cultural, Lili Álvarez opone un espíritu que trasciende hacia lo Absoluto, es decir, al Dios uno y trino, en que junto al padre y al Hijo, se encuentra el Espíritu Santo.

Quienes estén familiarizados con el mundo de las ciencias del espíritu, podrán observar que Lili Álvarez también recurre a rescatar la noción de vivencia, eje articulador sobre el que levantar una pedagogía científico-espiritual y que, de una u otra forma, se percibe en algunos escritos de J. L. Aranguren –con quien mantuvo buenas relaciones– cuando reivindica la dimensión vital como categoría filosófica. Aunque en el texto que sigue la experiencia substituye a la vivencia, lo cierto es que la vida adquiere un lugar central de un pensamiento que desea ser unitario y global. Si el saber intelectual es transmisible, el saber vivencial no lo es: solo puede ser vivido a través de la experiencia. “La experiencia de la vida es, pues, el saber adquirido *viviendo*. Viviendo y en tanto que viviendo. No es el saber estudiado y aprendido, ni tampoco el ideado o construido. No es un saber intelectual, sino vital. Y, por otra parte, es saber personal, no tradicional, heredado o sapiencial” (Aranguren, 1966, p. 36). Curiosamente el último Sartre, uno de los referentes del existencialismo, denigró la experiencia, si hacemos caso a las postreras conversaciones con Simone de Beauvoir: “Hay algo que siempre he pensado, que describí en *La náusea*: es la idea de que uno tiene experiencia, de que uno no

envejece: una lenta adición de acontecimientos, de experiencias que poco a poco, crean un carácter, es uno de los mitos de fines del siglo pasado y del empirismo” (Beauvoir, 1983, p. 408).

No es de extrañar, por tanto, que Lili Álvarez recuerde que la palabra “vivencia” sólo se encuentra en la lengua española y en la alemana (“Erlebnis”), siendo desconocida en francés e inglés (Álvarez, 1989, p. 110). Detrás de esta reivindicación de la vivencia, se puede detectar la impronta de su vitalismo deportivo, de una vida que se plasma y despliega en el juego, en un juego gratuito que sirve para templar caracteres. También en este reclamo de la vivencia detectamos la presencia de una feminidad que puede y debe vivificar al mundo e, incluso, a la religión. “Lo que queremos es la *vida*. Es latir y originar nuevos latidos. Porque lo que ansiamos las mujeres antes que nada es la *vivencia*, es la experiencia más íntima y solar” (Álvarez, 1989, p. 32). De una manera un tanto simplista, bien podemos establecer el siguiente paralelismo entre el hombre y la mujer, de acuerdo con las orientaciones de nuestra autora: mientras el hombre se decanta por lo abstracto y racional, la mujer es la genuina representante de la vida. A la vista de lo cual, lo que ha sucedido es muy sencillo: se ha perpetuado la pretensión de superioridad de lo masculino (y por tanto, de una razón fuerte de significación viril que también ha hecho mella en la teología) frente a la calidez de la vivencia vital, de la vida que simbolizan las mujeres. Así pues, la vida como realización plenaria, orgánica y totalizadora, se impone a la abstracción fría y calculadora, que se rige por las leyes matemáticas según un orden *more* geométrico de las cosas.

A sabiendas de que la arquitectónica intelectual de Lili Álvarez es siempre tripartita, bosquejó una filosofía de la historia a través de tres grandes estadios, palabra de claras resonancias deportivas y que nos retrotrae al mundo griego, ya que de significar una medida de agrimensura (unos 185 metros) pasó a denominar el recinto deportivo que tenía exactamente aquella longitud. En cualquier caso, su argumentación recuerda –siquiera remotamente– los motivos de los poetas románticos como Hölderlin, que evocan igualmente el libro del *Génesis*: según la lógica ternaria de paraíso, pecado y reconciliación. La unidad del primer estadio, una especie de paraíso en que el hombre vivía en unidad con Dios, se quebró con el acceso general de la civilización que comportó la dualidad, es decir, la división o escisión entre el hombre y lo sagrado, entre el ser humano y Dios, entre el mundo y la plenitud.

Comoquiera que sea, se perfilan tres estadios: uno de plenariedad después de la venida de Jesús que se dio durante la Edad Media, gracias a San Francisco de Asís. “La cultura por entero, así el arte, la ciencia, el pensamiento, la política..., todo lo presidían los creyentes. Esa fue la época de nuestro máximo encumbramiento histórico. Fue también cuando hubo más santos” (Álvarez, 1989, p. 121). A esta fase de plenariedad histórica, a este universo plenario y medieval en que la mujer tuvo a la vista el mundo mariológico de la mujer eterna, siguió un segundo estadio de ruptura, ocasionada por la secularización de la modernidad con su especialización divergente, que nos alejó y separó de la unidad y de la totalidad, propiciando la irrupción de lo parcial y vacío. “Y ahora estamos en lo que entiendo como el desbarajuste del *Segundo Estadio*. Todo se ha vuelto, desde el punto de vista religioso, como más complicado y embrollado, como más antitético, más difuso o menos acertado o en baja forma” (Álvarez, 1989, p. 123). Finalmente, se da un tercer estadio –anhelado por Lili– en que será preciso volver a ganar aquella unidad o plenitud completa y religiosa que ahora es futuro y esperanza, intuición vinculante y total. Veamos cuáles son sus palabras:

247

“Confieso que desde joven estuve imantada por el afán de plenitud. Quería a Dios y a la Tierra y, en seguida que empecé a anotar mis pensamientos, fue casi lo primero que me puse a reclamar. O a ansiar... Este deseo de plenitud de la propia persona fue mi subterráneo empuje original. Y el que, es cierto, sin demasiado éxito, conservo a través de los años. De los muchos años.” (Álvarez, 1989, p. 62).

De tal suerte que el proceso de formación, de autoformación, constituye una *plenificación* o compleción del ser humano que exige una plenarización que depende, en última instancia, de la responsabilidad de uno mismo a partir de la toma de conciencia de un proceso histórico en el que la unidad religiosa se ha perdido por el camino de una modernidad especializada, divergente y separadora. Ahí radica, justamente, la dimensión o misterio metafísico de la mujer eterna que es una imagen intemporal, al margen de las modas de los discursos feministas. Por lo demás, no se trata de un proceso lento, sino que comporta un salto existencial, una especie de caída del caballo, de una experiencia como la vivida por San Pablo. Igualmente, el ejemplo de Kierkegaard, con su temor y temblor, sirve de modelo a imitar, desde el momento que su existencialismo creyente comporta una apertura hacia lo Superior, hacia Dios. “Es idéntica la impresión a cuando te

tiras de lo alto de un salto de esquí. Es siempre angustioso, pero es lo excitante” (Álvarez, 1989, p. 108)⁶. Únicamente de esta forma se puede pasar de una vida bipartita, simple y vulgar, a otra tripartita, gracias al hallazgo, en un determinado momento, de la necesidad de lograr la plenitud vital gracias a un proceso Pascual de resurrección. A pesar de contar con el amor y la gracia divinos, la decisión es personal de modo que se requiere un esfuerzo individual de autoaprendizaje, de autoformación. “La invención de sí mismo o autoinvención es el secreto. Hoy no logras tu existencia si no la inventas. Si no la vas creando, como mínimo por dentro” (Álvarez, 1989, p. 119).

Sólo así es posible alcanzar la cima, porque este itinerario formativo encuentra su mejor metáfora en una excursión alpina de alta montaña. Con todo, estas excursiones poco tienen que ver con aquellas frivolidades de los años veinte y treinta del siglo pasado, cuando las cumbres de las montañas o los estudios cinematográficos fueron lugar propicio para todo tipo de aventuras deportivas y flirteos galantes, en que tanto tuvo que ver la frivolidad del eterno femenino. En suma, vivir implica riesgo y valentía en la toma de decisiones que se dirigen hacia la plenitud total, vital y espiritual. Para ello, el deporte sirve de propedéutica y entrenamiento, nunca como objetivo final, que es uno y, solamente, uno: la porfía por alcanzar la Plenitud, con lo que el papel de la mujer se aleja del eterno femenino de connotaciones burguesas, que sitúa a la mujer en inferioridad y dependencia respecto al hombre, para alcanzar –con verdadero sentido deportivo– una Plenitud que sólo la mujer eterna –Ella, María, la Inmaculada, la Madre de Cristo– simboliza y representa como mujer intemporal, aquella que durante la Edad Media vivía profundamente los valores de la Cristiandad.

 248

Bibliografía

- ALAIN (1966) *Sobre la felicidad*. Madrid: Alianza Editorial.
 ÁLVAREZ, Lili (1946) *Plenitud*. Madrid: Epesa.
 ÁLVAREZ, Lili (1956) *En tierra extraña*. Madrid: Taurus.
 ÁLVAREZ, Lili (1959) *El seglarismo y su integridad*. Madrid: Taurus.

⁶ Apuntemos que Lili Álvarez despachó la crónica de los Campeonatos de España de esquí de 1943, que se disputaron en Navacerrada. La noticia publicada el domingo 21 de marzo en *La Vanguardia* da cuenta de la carrera de descenso del sábado día 20, después de una noche de viento rabioso. Sintomáticamente tituló la crónica en cuestión con el epígrafe “Sorpresas y misterios de una carrera de descenso” en la que se puede leer lo siguiente: “Subí al «Cable» para ver de cerca el recorrido desde lo alto. Me asusté. En el espacio de cinco minutos, seis accidentes; uno de ellos con fractura”.

- ÁLVAREZ, Lili (1964) *Feminismo y espiritualidad*. Madrid: Taurus.
- ÁLVAREZ, Lili (1968) *El mito del «amateurismo»*. (*Reflexiones deportivas*). Madrid: Editorial Prensa Española.
- ÁLVAREZ, Lili (1989) *La vida vivida. Mi catecismo existencial*. Barcelona: Publicaciones de El Ciervo.
- ARANGUREN, J. L.; AZORÍN, LAÍN, P.; MARÍAS, J. (1966) *Experiencia de la vida*. Madrid: Alianza Editorial.
- ARANGUREN, J. L. (1973) *Erotismo y liberación de la mujer*. Barcelona: Ariel.
- ARENAS, C. (2005) *Esport i modernitat. Els cal·ligrames tennístics de Carles Sindreu*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.
- BERTRANA, A. (1937) *Edelweis*. Barcelona: Edicions Mediterrània [La Novel·la Femenina, any 1, núm. 1].
- BEAUVOIR, S. (1983) *La ceremonia del adiós, seguido de conversaciones con Jean-Paul Sartre*. Barcelona: Edhasa (1ª reimpresión).
- BORBÓN, E. (1950) *Memorias de Doña Eulalia de Borbón ex Infanta de España (De 1864 a 1931)*. Barcelona: Editorial Juventud, 1950.
- COMA SOLEY, V. (1930) *La Totó flirteja*. Barcelona: Verdager.
- D'ORS, E. (1946) *Novísimo Glosario, 1944-1945*. Madrid: Aguilar.
- D'ORS, E. (1949) *Nuevo Glosario III (1934-1943)*. Madrid: Aguilar.
- FRIEDAN, B. (1965) *La mística de la feminidad*. Prólogo de Lili Álvarez, condesa de la Valdene. Barcelona: Sagitario.
- GÖRTEMAKER, H. B. (2013) *Eva Braun. Una vida con Hitler*. Barcelona: Debolsillo.
- LE FORT, G. von (1953) *La mujer eterna*. Madrid: Rialp.
- LUDWIG, E. (1937) *Conversaciones con Masaryk. Pensador y hombre de estado*. Barcelona: Juventud.
- LUJÁN, N. (1975) «Historia del tenis. Del "jeu de paume" a la Copa Davis», *Historia y vida*, 88, pp. 38-47.
- MONTHERLANT, H. de (1983) *Las Olímpicas*. Barcelona: Ediciones de Nuevo Arte Thor.
- OLAVARRIETA, J. B. (1929?) *La salud por el ejercicio (La gimnasia natural. Con un cuadro gráfico de ejercicios)*. Madrid, Librería Bergua [Pequeña Enciclopedia Práctica, núm. 4] [La autoría corresponde a Juan Bautista Bergua Olavarrieta].
- PEMÁN, J. M. (1947) *De doce cualidades de la mujer*. Madrid: Ediciones Alcor.
- PUJADAS, X. y SANTACANA, C. (1995) «*Esport, catalanisme i modernitat. La Mancomunitat de Catalunya i la incorporació de la cultura física en l'esfera pública catalana (1914-1923)*». *Acàcia*, 5, pp. 101-121.
- RAHOLA, F. (1908) *Los ingleses vistos por un latino*. Barcelona: Antonio López, editor.

- RIAÑO GONZÁLEZ, C. (2004) *Historia cultural del deporte y la mujer en la España de la primera mitad del siglo XX a través de la vida y obra de Elia María González Álvarez y López Chicheri, «Lilí Álvarez»*. Madrid: Consejo Superior de Deportes.
- RIEFENSTAHL, L. (2013) *Memorias*. Barcelona: Lumen.
- RIVA, M. (1994) *Marlene Dietrich por su hija*. Barcelona: Plaza & Janer editores.
- SAGARRA, J. M. de (1986) *Vida privada*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- SIMMEL, G. (1924) *Filosofía de la coquetería y otros ensayos*. Madrid: Revista de Occidente.
- VIÑAMATA, L. A. y ROS, P. (1951) *Algo más y algo menos sobre el tenis*. Barcelona: sin editorial.
- ZWEIG, S. (1971) *María Antonieta*. Barcelona: Editorial Juventud.
- ZWEIG, S. (2001) *El mundo de ayer*. Barcelona: El Acantilado.

Raquel de la Arada
Universitat de Barcelona
Departament de Teoria i Història de l'Educació
Facultat de Pedagogia
rdelaarada@ub.edu

Guillem Turró i Ortega
Professor de Filosofia
Escola de Batxillerats
Institució Cultural del CIC
Gturro72@hotmail.com

Conrad Vilanou i Torrano
Universitat de Barcelona
Departament de Teoria i Història de l'Educació
Facultat de Pedagogia
cvilanou@ub.edu

[Article aprovat per a la seva publicació el febrer de 2014]

Monogràfic

